

Dedicado a todos los hombres y mujeres que un día tuvieron un sueño, y lucharon para verlo realizado. A los pioneros. A los Repobladores. En especial a Rebeca, que dejó la gran ciudad para ejercer de enfermera en un pequeño pueblo de Cantabria.

REPOBLADORES

“El salto de la esperanza a la realización de un sueño debe hacerse con los ojos cerrados. Más que nada, porque si los tienes abiertos puede que veas la altura del precipicio y definitivamente no te atrevas a saltar”. Eso pensaba, recordando las palabras últimas palabras de mi madre, mientras atravesaba aquel camino abrupto que, minutos antes, se me había antojado un laberinto en el mapa de carreteras secundarias. Mi Volkswagen Escarabajo del 80 no estaba para muchos trotes. Se agarraba bien a las cerradas curvas de aquella interminable pendiente, pero el motor desgranaba un ruido ahogado. A escasos metros de allí, pude ver un letrero oxidado con el nombre del pueblo escrito con pintura negra: Osario, 3 habitantes, ponía. Seguí camino arriba entre la nube de polvo que levantaba mi coche al avanzar por los guijarros, hasta ver las primeras casas. Enseguida me llamó la atención el mal estado que presentaban. La gran mayoría estaban medio derruidas. En algunas, la techumbre se había venido abajo, a otras les faltaban gran parte de las paredes, y las que permanecían en pie tenían las puertas y ventanas tapiadas con ladrillo. Las últimas lluvias habían hecho crecer toda suerte de hierbas y matorrales que serpenteaban por los muros de piedra. Campánulas blancas y moradas. Una liberación para los ojos que escocían ante tanta desolación. Salí del coche pensando que alguien habría venido a recibirme. Pero anduve un largo trecho sin ver más que las mismas casas fantasmagóricas erigiéndose como testigos mudos de

lo que un día pudo ser un pueblo habitado. Un escalofrío me traspasó el alma. Los insectos zumbaban en mis oídos, resonando un eco mudo con el idioma primitivo del silencio. Pensé que aquello era el lenguaje de la naturaleza, pero lo deseché por bucólico. Sería su lenguaje, pero a mí me sonaba a destierro, a desesperanza.

Tras unas casas, pude ver una espadaña que se elevaba desafiante contra el cielo raso y una cúpula. Una doble escalinata llevaba al gran portón de aquella iglesia, cuyo pórtico estaba decorado con varios arcos de herradura y un tímpano labrado en piedra. A ambos lados, unas columnas torsas lo sustentaban. Y a pesar de su mala conservación, me quedé maravillada de su belleza. La cornisa tenía roleos, rosetas y tallos vegetales. Algunos eran de simbología celta. Toqué con las yemas de mis dedos uno de sus muros. Pude notar su pulso, sus constantes vitales palpitando entre la piedra. Los rodeé despacio, saboreando sus matices a la luz de la mañana. Parecía destellar con una bruma irreal de leyenda.

Una voz me sacó de mi abstracción. Era ronca y autoritaria. Femenina.

-¿Es usted la enfermera? –me preguntó con su mano a modo de parasol y un gesto hosco en su curtido semblante.

-Sí –le respondí, mientras me apresuraba a bajar las escaleras y llegar hasta ella-, soy Laura Santibáñez, la hija de Esther.

Le tendí la mano para estrechársela, pero ella se limitó a barrerme con una mirada adusta. Me detuve en su sombrero de paja decorado con flores que llevaba en la mano. Aquellas margaritas las había tejido mi madre. Las reconocería entre mil.

-Bien –señaló-. Alicia nos espera en la plantación. Está a escasos diez minutos de aquí, cerca del riachuelo. Si quiere hablar con ella será mejor que me acompañe. No subirá hasta la hora de comer. Está con las abejas.

Dio media vuelta y enfiló pendiente abajo. Supe, por deducción, que era Carmen. Yo me mostré un poco confusa frente a su hostil bienvenida. Y en cierto modo, no me extrañaba en absoluto su comportamiento. Me sentí una intrusa. Un casero avaro que quiere cobrar la mensualidad a toda costa sin importarle los problemas económicos de sus inquilinos.

-¿Abejas? –pregunté por entablar algo de conversación.

-Sí, esos bichitos con alas que elaboran miel y a veces pican...

Cabeceé contrariada. Estaba claro que aquella mujer no tenía ninguna intención de parecer simpática. Me limité a caminar en silencio el resto del camino.

Al llegar a cierta distancia, ya se podían ver los árboles frutales diseminados a lo largo del recorrido. Me pareció distinguir naranjos y limoneros entre una suerte de manzanos. Tras rebasar el huerto, un intenso color violeta se adueñó de mis pupilas. Una vasta planicie de Lavanda se extendía ante mí como una acuarela de degradados. El olor embriagaba el aire. Tosí con contundencia.

-¿No será alérgica al polen? –arguyó con cierta sorna en la voz- Porque si es así...

-No, no lo soy –contesté sin mostrarle el recelo que su aptitud me estaban causando.

-Espere aquí.

Y atravesó por un lateral de la plantación perdiéndose entre el espliego. Mientras, yo recorrí la vista por los alrededores. A uno de los lados se levantaba una caseta de grandes dimensiones, cuyas puertas permanecían abiertas. Se entreveía el interior. Vi varios alambiques metálicos y útiles de jardinería. Fuera, varios recipientes de madera de grandes dimensiones. Imaginé que serían composteras. Al fondo, varias pérgolas de madera nudosa con techumbre de parra daban sombra a tres sillas de mimbre y una mesa. Decidí sentarme y esperar a que llegaran. El silencio me pareció irreal. Pensé en mi madre. En el tiempo que había transcurrido sin tener noticias suyas. En las veces que

me había sentido sola, huérfana, abandonada. Mil preguntas se agolpaban en mi cerebro. Palpé el brazo de la silla en la que estaba sentada. Seguramente habían sido sus manos las que tejieron la urdimbre. Sus manos, las que habían cosido el cojín donde ahora reposaba mi espalda. Palpé el tacto rugoso del bordado, su entramado, el trazo firme y decidido de sus puntadas. Era una libélula. Mamá y sus libélulas. Estreché ese trozo de tela contra mi pecho. Una sensación de derrota se apoderó de mí. Mi madre ya no estaba. Jamás volvería a verla. Sin embargo, todo olía a ella como una esencia guardada en una bolsa de seda.

Unos pasos a mi espalda me sobresaltaron.

-Hola, soy Alicia. Creo que nos vimos en el entierro.

Yo asentí. Me dio dos besos, y me ofreció tomar algo. Sirvió té frío.

Después de hacerme las preguntas de obligada cortesía sobre el viaje desde Madrid, un silencio tenso nos envolvió. Se masticaba.

-Será mejor que nos dejemos de rodeos –dijo Carmen, mirando a Alicia de soslayo y deteniendo después en mí, una dura y profunda mirada-. Esto no es una visita de cortesía. Seamos sinceras, usted ha venido reclamando la herencia de su madre y desde ahora le digo...

Alicia detuvo a Carmen con un gesto.

-Así no, Carmen. Laura es nuestra invitada. Esta es su casa. Creo que antes de nada convendría que conociese el pueblo y viera lo que estamos haciendo. Sería interesante que le habláramos de las mejoras que hemos podido llevar a cabo.

Carmen hizo un gesto vehemente con las manos.

-Lo primero sería mostrarte la plantación –prosiguió Alicia-. Ya has visto parte de ella. Nos dedicamos a la obtención de aceites esenciales de limón, naranja amarga y lavanda. Tardamos varios años en poder recolectar, pero ahora, cada cosecha es de

mejor calidad. Replantamos con esquejes. Abonamos con el producto que obtenemos de las composteras. Son una gran fuente de nutrientes y eso se nota en la producción. Regamos con agua del río por un sistema de acequias. Cómo verás, utilizamos sólo los recursos que están a nuestro alcance.

Se levantó y señaló más allá del espliego.

-Si quieres podemos ver las colmenas –me indicó-. Son totalmente artesanales. Hemos utilizado troncos huecos de castaño.

Me levanté aceptando su proposición.

Mientras caminábamos, miré a Alicia. Su pelo, a la luz de la mañana, tenía el color del trigo maduro, y sus ojos el brillo de una niñez imperecedera. Su entusiasmo contagiaba.

Según nos aproximábamos a las colmenas, el aire fue llenándose de un intenso zumbido. Lo sentía en mis oídos. Manoteé al aire, pensando que alguna de ellas me picaría. Al poco, no podía resistirlo más y corrí con las manos en mis oídos.

-Será mejor que no nos acerquemos –dijo riendo mi aprieto-. Se ve que tu perfume las atrae.

Aún así, pude observar las colmenas dispersas entre los árboles rojizos de aquella vereda. El rumor del río llegaba amortiguado por la distancia. El olor a bosque lo inundaba todo. Escuché su lenguaje ancestral, primitivo, latiéndome en las sienas.

-La recolección de la miel la realizamos en Julio –me indicó-. Sólo empleamos métodos tradicionales. El prensado lo hacemos manualmente. Luego te daré a probar un poco de la que recogimos el año pasado. Es una miel muy especial porque las abejas sólo la recolectan de la lavanda. La vendemos casi toda, menos un poco que nos quedamos para nosotras y otro para el “trueque”. Tenemos un acuerdo con varias

tiendas de ultramarinos de la zona. Les llevamos varios tarros y ellos nos los cambian por algo que necesitemos. Lentejas, garbanzos...

-Eso es muy interesante –dije.

-Esta es una tierra fértil –me indicó posando su mano en uno de los árboles, como regalando una caricia a un animal doméstico-. Tan sólo tenemos que trabajarla y obtendremos gran parte de lo que necesitamos para vivir. De eso se trata, Laura, de obtener todo lo que la Madre Naturaleza nos otorga y nosotros corresponderla con el respeto y el cariño que se merece. Ese es nuestro deseo. Ese, era también el sueño de tu madre.

Comenzamos a caminar vereda arriba, hasta llegar a una amplia huerta dividida en secciones. Multitud de olores, nuevos para mí, inundaban mis fosas nasales. Tomates, pimientos, Berenjenas, calabacines, zanahorias, apio.

-Y este es el orgullo de Carmen –me indicó sonriendo-. Bueno, éste y la pequeña granja de pollos y cerdos. Todo lo que toca, crece. Tiene muy buenas manos.

Se agachó a recoger uno de los tomates, lo limpió con su camisa y me lo ofreció. Yo lo tomé. Era enorme.

-Cómelo –me animó-. Jamás habrás probado nada tan bueno. Tiene un sabor único.

Le di un gran mordisco. Era jugoso y duro. De un sabor excepcional, nada que ver con los que yo compraba en el supermercado.

-Hacemos conservas para consumo propio –indicó Carmen, que hasta ese momento había permanecido callada con cierta actitud de reserva-, y lo sobrante también lo vendemos a una tienda de la capital. Siempre hay gente dispuesta a comprar productos de calidad a un precio razonable.

Más allá, señaló una gran planicie arada.

-¿Ves toda esa extensión de tierra? –yo asentí- Está esperando para ser plantada.
¿Has oído hablar de la “Jatropha”?

Negué con la cabeza.

-Es un arbusto del cual se extrae un biocarburante. Crece con gran facilidad, hasta en terrenos secos. No necesita mucha agua.

La miré largamente.

-Pero, ¿realmente necesitáis tanto...? –dije, casi, sin atreverme-. Pienso que con la huerta, la miel y los animales, tenéis de sobra para vosotras solas...

Fue Alicia quién me contestó, después de intercambiar con Carmen una mirada de aprobación.

-Es aquí donde queríamos llegar, Laura. No es para nosotras solas. Estamos esperando a los Repobladores.

Hice un gesto interrogante.

-Los Repobladores son un grupo de personas que persiguen las mismas metas que nosotras. Repoblar las aldeas. Vivir de los recursos de la Tierra. Impedir que los pueblos queden desiertos y toda esta riqueza se pierda. Gente a las que nos unen los mismos ideales. Otro modo de vida diferente al que le ofrecen las grandes ciudades –hizo una pausa mirándome fijamente-. Entre ellos hay artesanos, albañiles, electricistas, fontaneros, agricultores, gente que se ve forzada al paro constantemente. Y otros, hombres y mujeres que simplemente quieren un mundo mejor para sus hijos.

-¿Niños? –cuestioné sorprendida.

-Niños, Laura. Vienen con ellos. Tres de estas familias tienen dos hijos cada uno. ¿Sabes que supondrá eso?, volveremos a estar en los mapas. Pero esto sólo es el principio...

Hablaba con vehemencia. Los ojos le brillaban con un halo de esperanza.

-Reconstruiremos el pueblo. Cada uno de ellos tomará posesión de una de las casas. Las arreglaremos. La tierra será de todos. Una pequeña comunidad. Tal como hubiese querido tu madre. Esther se marchó de este mundo sin ver cumplidos sus sueños –hizo una pausa. Noté que sus ojos comenzaban a brillar y la voz le temblaba-. ¿Sabes?, había comenzado a restaurar la iglesia. Es uno de los edificios que mejor conservado está.

-La he visto un poco por fuera... -dije.

-Entonces, habrás podido comprobar que es una maravilla. Respira, Laura, vive. Todo este pueblo está resurgiendo de su letargo. Tu madre así lo sentía. Nosotras y los Repobladores, también. Tenía muchos planes al respecto. Entrar en alguna ruta turística, montar albergues, promocionar exposiciones con sus obras y las de otros artistas... muchas cosas, Laura, muchas. Ella, por desgracia, no podrá ver su reconstrucción, ¿quieres ser tú la que lo vea en su lugar?

Estaba perpleja. Sus palabras me estaban dejando sin aliento. Mi madre, a la que había perdido el rastro desde hacía más de quince años, había creado un mundo ajeno a mí. Atrás quedaba todo el misterio que envolvía su marcha. El divorcio de papá, yo terminando los últimos años de carrera, la pertinaz ausencia de noticias... Hasta que llegó esa llamada de Alicia, dándome la noticia de su muerte repentina. El entierro, la lectura del testamento. Osario era el pueblo de mi bisabuela. Jamás pensamos que se hubiese perdido entre sus piedras. Jamás. Y, ahora, ¿se suponía que tenía que ver con mis propios ojos el legado de su ausencia?, ¿del claustro que ella misma había construido para aislarse del mundo, de mi padre, de mí misma? Qué extraño me resultaba todo aquello y a la vez, qué doloroso.

-A menudo hablábamos de ti –dijo Carmen, mientras nos encaminábamos al pueblo-. Siempre decía que cuando todo estuviese en orden, te llamaría para que vinieses a visitarnos. Su idea era que tarde o temprano te trasladases aquí. “Es enfermera” –decía-

“Nos vendría muy bien su ayuda cuando lleguen los Repobladores”, pero siempre postergaba esa llamada. Temía tu reacción. Me dijo que ella sentía no haber sido una buena madre para ti.

Mamá. Siempre haciendo cosas. Pinturas, esculturas, restaurando muebles, pintando las paredes... cosiendo. Jamás se quedó quieta. “Tengo el temperamento de una artista...”, decía cuando papá le recriminaba que estaban sin terminar las tareas de la casa, cuando eran más de las cuatro y todavía no había cocinado, cuando, tras una noche de “creación” como ella llamaba a estar en vela imbuida en la pintura, yo llegaba tarde a la escuela porque se había dormido. “Un verdadero desastre como mujer, esposa y madre”, le había dicho él en una de sus últimas peleas. Y ahora, mientras revocaban en mi cerebro las palabras de Carmen, comprendía. Prefirió alejarse. Apartarse de mí. Dejarme fuera de esa influencia que el mundo le gritaba sería tan dañina para mí.

-Tienes que ver sus últimas obras, Laura –me indicó Alicia, mientras nos encaminábamos a una de las casas que presentaban mejor aspecto, al final del pueblo-. Ya sabes cómo era. Se pasaba días sin salir de su estudio. Pintaba frenéticamente. Luego, abandonaba la pintura y se dedicaba a restaurar, o a coser... era pura energía.

Abrió una puerta de madera en la que había grabados signos celtas. Noté en ellos la fuerza de mi madre. Una sensación de congoja me envolvió. Aquella estancia olía a ella. Su olor se entremezclaba con la trementina, con el óleo, con el barniz, con las flores de lavanda que había metidas en tarros por toda la estancia. Más de cincuenta lienzos. Alicia con las abejas, Alicia con el espliego, Carmen trabajando en la huerta, Carmen dando de comer a los pollos. Mis ojos se detuvieron en unos cuadros que había en un rincón. Aquella niña que jugaba con los gatos era yo. Laura en un mar morado, Laura con los pollitos, Laura con los corderos, Laura en el río, Laura y mamá jugando con las libélulas. Cuando agarré esa tela y la coloqué en uno de los caballetes, las lágrimas no

me dejaban contemplar su rostro. Mi llanto ya no era mudo. Lloraba asfixiada por el dolor de su pérdida. Las libélulas. En todos sus cuadros había una. Era su símbolo. Y me vino a la mente la vez que, siendo yo muy niña, le pregunté: ¿Por qué siempre pintas libélulas, mami?, y ella me contestó: “Porque para mí, son el símbolo de la libertad y de los sueños”.

Abracé a Carmen y a Alicia. Lloramos juntas. Sentí su calor, su ternura, su comprensión. El alma de mi madre también estaba con nosotras. Lo había plasmado en todos aquellos lienzos. Respiraban. Vivían.

Tres semanas después, llegaron los primeros Repobladores. En sus rostros se apreciaba el temor, la duda, la incertidumbre. Pero por encima de todo, noté el nerviosismo del que va a dar el salto de la esperanza a la realización de un sueño. Ninguno de ellos tenía los ojos cerrados. Creo que no les importaba la altura del precipicio.